

# Figuras y aspectos de la vida mundial

"EL SARGENTO GRISCHA", por Arnold Zweig

Arnold Zweig inauguró con esta novela la estación adulta de la literatura de guerra alemana. Que su éxito editorial no haya igualado al de "Sin Novedad en el Frente" de Erich María Remarque se explica claramente. No sucede sólo que a este libro le ha faltado el lanzamiento en gran estilo de "Sin Novedad en el Frente". Arnold Zweig no nos muestra la guerra en las trincheras sino la guerra en la etapa. El escenario de sus personajes es ese variado y extenso territorio, cruzado de rieles y alambres, donde se anuda y repara la malla terca de la beligerancia. El frente es más terrible y patético; pero es la periferia del complejo fenómeno guerrero. Tiene la dramaticidad de esas úlceras en que afloran a la epidermis enfermedades profundas. En la etapa funcionan los centros nerviosos de la guerra. Una novela que registre sus oscuros movimientos impresiona menos directamente al lector que una crónica animada y violenta de las trincheras.

Pero si al lector corriente, que devora la literatura de guerra con un interés un poco folletinista, le es más difícil seguir y apreciar a Arnold Zweig que a Remarque, el crítico literario reconoce seguramente en "El Sargento Grischa" una obra a la que corresponde con mucha más propiedad la etiqueta de novela. Porque en "El Sargento Grischa" la guerra presta su fondo, su atmósfera, sus personajes a la obra; pero con estos materiales el autor construye un relato que se rige por las reglas de su propio e individual desarrollo. El drama de un soldado no es aquí una ventana para asomarse al espectáculo bélico. En "El Sargento Grischa" no hay espectáculo. El novelista no se entretiene en la filmación de escenas exteriores. El drama del soldado está sumido, insertado completamente en el otro gran drama de las muchedumbres y las naciones. No hay en esta novela nada anecdótico ni ornamental. Únicamente entran en su desarrollo los personajes necesarios a su propio proceso. "El Sargento Grischa" obedece a la ley de su propia y personal biología. Tiene, por esto, el grado de realización artística de las obras arquitectónicas en que el estilo, exento de postizos, desnudo de recamos, no es sino un resultado de la armonía de los materiales y las proporciones.

No se siente en la novela la intención de describir la etapa. Pero, acaso por esto, la describe más eficazmente. Todos los individuos, todos los hechos que Arnold Zweig nos presenta, del lado por el que tocan el destino del sargento Grischa Ilyitsch Pa-



protkin, están arrancados a la más cruda y honda realidad de la etapa. De esta zona compleja y profunda de la guerra, Andreas Latzko nos había dado quizás las primeras visiones en "Los hombres en guerra". Arnold Zweig nos guía por este intrincado tejido, donde en torno del cuartel general pululan, arrolladas por el tráfico inexorable de las órdenes superiores, criaturas que sufren y resisten la guerra, extrañas a su desenvolvimiento y a sus pasiones, con una obstinada voluntad de salvarse y sobrevivir. A través de este tejido pugna por abrirse paso el prisionero ruso Grischa, prófugo de un campo de concentración alemán, avanzando a ratos, enquistándose en un bosque, hasta caer en una plaza militar donde lo alcanza inexorable el poder del cuartel general.

Grischa ha abandonado el campo de concentración de los prisioneros, empujado por un deseo irresistible de evasión. Empezó 1917 y en Rusia la revolución promete la paz. Y Grischa no sabe vencer la nostalgia de regresar a su aldea, donde lo aguardan una mujer y una niña. Se refugia, por algún tiempo, en un bosque donde otros prófugos rusos viven una existencia peligrosa de tejones. Y ahí conoce una mujer campesina rusa también, cuyos cabellos se han puesto blancos en un instante de intensa tragedia en que asistió al fusilamiento de su padre y sus hermanos; pero que conserva aún ternura bastante para alegrar el descanso de un soldado joven. Para preservarlo de los riesgos de su viaje de prisionero prófugo, ella,

la del destino trágico, le propone y transfiere una nueva identidad: la del soldado Byushev. Puede usarla libremente puesto que Byushev ha muerto. Pero esta identidad ajena pierde a Grischa. Prendido y juzgado, le corresponde como Byushev una implacable condena de muerte. El tiempo que Byushev ha vagado por territorio alemán, lo hace responsable del delito de espionaje. Grischa cree que podrá sacudirse de este destino extraño, confesando su mentira. Lo mismo piensan cuantos lo rodean. Pero, reconocido como Grischa Ilyitsch Paprotkin, nada puede librarlo ya de la sentencia. Nada, ni el poder del general de división Otto von Lychow, antiguo tipo de militar y aristócrata prusiano que Arnold Zweig retrata con simpatía y que, salvo la heterodoxia, tiene algunos puntos de afinidad histórica con el "comandante rojo" de Ernst Glaesser. El comandante general, Schieffenzan, trazado con energéticas líneas, decide que se cumpla la condena. El duelo entre los dos poderes es obstinado; pero es ley de la guerra la condena ciega e injusta. Y Grischa, que en su fuga, en su tránsito por este accidentado territorio donde la guerra no es menos inexorable que en el frente, ha conocido a seres de acendrada humanidad, como esa Babka de cabellos blancos y carne aún joven, a la que deja un hijo, como el carpintero judío Tawje, acaba fusilado. En el instante en que disparan los cinco fusiles del pelotón, en una extrema defensa, en una desesperada resistencia a la muerte, "su sentimiento vital, hace mucho tiempo sobrepujado y borrado del presente, se inflama, desde los cimientos del alma, por la certeza de haber salvado de la destrucción una parte de su ser. El germen primero, el potente plasma, saciado de haberse seguido dando en cuerpos de mujer a nuevas encarnaciones, arroja en él, en su cerebro, este pálido reflejo fiel, como una gota de lluvia refleja todo el cielo, y le da—a la manera del deslumbrado hombre de carne—el sentimiento de la perduración en el Yo, de la inmortalidad de su individualidad, que sin embargo está extinguida ya en este momento".

Zweig, que tan admirablemente crea y anima a sus tipos de nobles y burgueses prusianos, de oficiales y enfermeras, y que escoge como protagonista de su novela a un soldado ruso, sobresale en los retratos de judíos. Extraordinarios, inquietantes, magistralmente logrados están los judíos de esta novela: Posnanski, Bertin, Tawje. Sobre todo ese humilde y bondadoso





Rostros y gestos de la guerra

carpintero Tawje, típico espécimen de artesano hebreo de Polonia, transido de teología, lleno de piedad que confronta de este modo el caso del sargento Grischá con las categorías y las imágenes de la Biblia. "He aquí un a falsos consejeros como Absalón, que hombre que quiere volver a su hogar, huyendo de los extraños, como Tobías (en cuya memoria él mismo se llama Tawje) que, de camino, ha dado oído ha cometido el pecado de tomar nombre falso, casi como Abraham cuando dió a su mujer Sarah por hermana suya; pues el hombre no tiene su nom-

bre al acaso, sino que lo ha recibido de las esferas del cielo. Después fué arrojado a la cueva, como José o Daniel, y una sentencia de muerte fué pronunciada sobre él como sobre Urías. Pero el Señor le ha abierto la boca, como a la burra de Balaam, y tornó a la verdad, lo mismo que Jonás; luego halló gracia como la halló Esther; el poderoso le escuchó benévolo; la pena de muerte pasó. Y una vez que todo esto ha quedado aparte, el pecado del cambio de nombre ha sido purgado. Nada nuevo podía acontecer. Nada que no fuese la ejecución de la dura e in-

gado; ahora ya sucederá algo nuevo". justa sentencia. Pero esto no se había previsto en el Antiguo Testamento y escapaba a la sabiduría de Tawje, el carpintero.

José Carlos MARIATEGUI

## Anticalculina EBREY

EL REMEDIO NATURAL PARA EL  
REUMATISMO

Los doctores Carmona, Cevallos, Lemus, Pérez y Mendoza, testimonian que para el reumatismo, exceso de ácido úrico, cólicos hepáticos y nefríticos, inflamaciones, dolores en los músculos y articulaciones, nada trae alivio tan rápido y duradero como una Pastilla Anticalculina Ebrey, media hora antes de cada comida, seguida de un vaso de agua.

No use sustitutos. Pida un libro a Ebrey Chemical Works, 37 Pearl St., New York.

## El Estómago Acido es Peligroso

La verdadera causa de la indigestión

Los ácidos orgánicos irritan o inflaman el delicado revestimiento de las paredes del estómago, agrian y fermentan los alimentos, evitan una digestión natural y conducen a la dispepsia e indigestión crónicas en la gran mayoría de los casos. La pepsina y otros digestivos artificiales sólo dan alivio temporal y no corrigen la causa del trastorno.

Los ácidos del estómago deben neutralizarse diariamente, limpiando y purificando el estómago después de cada comida con sólo tomar un cuarto de vaso de agua con dos pastillas de Magnesia Divina, que puede comprarse en cualquier droguería o botica. Esto evita la descomposición interior de los alimentos, lográndose una digestión natural y exenta de dolores o molestias. Siguiendo este procedimiento, usted podrá comer cuanto le plazca, sin temer indigestiones.